

FRANCISCO VILLAESPESA

LA GRUTA AZUL



Casa Editorial MAUCCI.—Mallorca, 166; Barcelona



HEMEROTECA PROVINCIAL
SOFIA MORENO GARRIDO
Almería

LA GRUTA AZUL

PRINTED IN SPAIN

FRANCISCO VILLAESPESA

LA GRUTA AZUL

POESÍAS



HEMEROTECA PROVINCIAL
SOFIA MORENO GARRIDO
ALMERIA

BARCELONA

CASA EDITORIAL MAUCCI

Gran medalla de oro en las Exposiciones de Viena de 1903, Madrid 1907, Budapest 1907, Londres 1913, París 1913, y gran premio en la de Buenos Aires 1910

Calle de Mallorca, núm. 106

ES PROPIEDAD DE ESTA CASA EDITORIAL



LA GRUTA AZUL

I

ESTALACTITAS

También pródiga consumiste
el oro de tu vida entera,
en comprar bálsamos al triste
y alientos al que nada espera.

En limosnas toda te diste,
y como impúdica ramera
a todo el mundo ofreciste
las rosas de tu Primavera.

¡Si ahora consuelos necesitas,
cubre tu cuerpo con un manto,
y oculta tu desolación

en la gruta de estalactitas,
que para ti labró mi llanto
en medio de tu corazón...!

II

PONZONAS

Las vides ya dieron su vino;
fermenta el mosto en los toneles,
y en los frutales del camino
la flor su aroma trocó en mieles...

¡Sigue tu ruta, peregrino,
que si no hay rosas ni laureles,
hasta las zarzas del espino
dan frutos rojos cual claveles...!

¡Ya no será tu amor, cual una
virgen de pálido semblante,
estéril para el goce pleno,

hecha de nieve, ensueño y luna;
sino una lúbrica bacante
de ancha cadera y amplio seno...!

III

IDEAL

Fecunda plenitud de vida,
áurea madurez de emociones...
La senda no será florida,
más estará llena de dones...

¡La flor es fruta bendecida,
son realidad las ilusiones,
y ahitos de amor, en su guarida,
se adormecieron los leones!

Lo inútil piérdese... Se queda
sin hojarasca la arboleda,
se aclaran todos los caminos;

esfúmanse los sueños vanos...
¡Y nos sentimos más humanos,
acaso por ser más divinos...!

IV

MUTACION

¡En los umbrales de mi puerta,
tras el tapíz descolorido,
surgiendo vas, como una muerta
desenterrada del olvido...!

A tu recuerdo se despierta
algo que estaba muy dormido...
¿Por qué dejé mi puerta abierta...?
¿Por qué en mi casa te has metido...?

Ya no es mi alma lo que era...
Pasó su frágil Primavera,
y aquel cordero tan inerme

es hoy un tigre, altivo y hosco...
¡Cómo podrás reconocerme,
cuando yo apenas me conozco...!

V

CREPUSCULO CAMPESINO

Desde el tren, por la abierta ventanilla,
en un valle de olivos sombreado,
contemplo un labrador, tras el arado,
en los surcos volcando la semilla.

¡El áureo Sol, como una hostia, brilla;
un vuelo de campanas cruza el prado,
y en la paz del remanso sosegado
parece que la tarde se arrodilla!

¡Quién fuera labrador...! ¡Ay!, ¡quién tuviera
una blanca casita en la ribera;
guntas, viñas, un huerto de manzanos,

un olivar, y tierra labrantía,
donde sembrar el pan de cada día
con el diario esfuerzo de mis manos!

VI

EL ARQUERO

¡Malgasté toda mi energía,
derroché toda mi fortuna,
queriendo con la fantasía
cazar un rayo de la luna...!

Mi vida fué una cetrería
líricamente inoportuna,
de blancos cisnes de poesía,
sobre romántica laguna.

¡Por alcanzar una quimera,
de ensueño y nieve mi alma fuera,
de su ambición eterna esclava...!

¡Oh, corazón aventurero!
¿Para qué quieres ser arquero,
si ya no hay flechas en tu aljaba?

VII

INTERIOR

¡La cálida estancia, luz sin brillo...,
junto al brasero, mientras fumo,
sobre un sillón gris y amarillo,
mi aburrimiento desentumo,

leyendo un libro tan sencillo
y vaporoso como el humo,
que exhala al aire el cigarrillo
que melancólico consumo...!

¡Y muy lejano... muy lejano,
algún romántico piano
que me recuerda con la vana

evocación de su sonido,
el plenilunio y la ventana,
de un viejo amor desvanecido...!

VIII

EL RELOJ

Tardes de paz... Monotonía
de lluvia en las vidrieras...
Se extingue el humo gris del día...
¿En dónde están mis primaveras...?

La lluvia es una fantasía,
de misteriosas encajeras...
Tú, que tejiste mi alegría,
¿tras qué cristal mi vuelta esperas...?

Lentas deslízanse en la alfombra
las tocas negras de la sombra;
viuda que no falta a la cita...

Igual que un pecho adormecido
el reloj tímido palpita...
¡Oh, juventud! ¿Dónde te has ido...?

IX

MANOS PIADOSAS

Manos cristalinas, y hacendosas,
con suavidades maternas,
cuidan los sueños y las rosas
de mis jardines otoñales.

Difundiendo en todas las cosas
añoranzas primaverales,
cicatrizando, milagrosas,
heridas de mis viejos males...

¡Tienen complacencias de hermanas,
mimosidades de chicuelas;
son mi alegría y mi consuelo,

y cuando esté mi frente cana,
me llevarán a la plazuela
a tomar el sol como a un abuelo...!

X

BEATUS ILLE...

No más viajes... Un reposo
largo y tranquilo en una aldea...
Veladas junto al luminoso
rescoldo de la chimenea...

Un libro nuevo..., un generoso
vaso de vino; una azotea
que dé a un jardín maravilloso,
blanco de nardos de *Judea*...

Olor de dicha en el ambiente;
pisadas cautas y suaves...
¡Serenas horas virgilianas,

sin más rumores que una fuente,
y los gorjeos de las aves
y el resonar de las campanas...!

XI

PACIFICACION

Pompas del mundo..., vanidades
y aspiraciones, sois ahora,
después de tantas tempestades,
polvo y cenizas... Nueva aurora

surge a alumbrar mis soledades;
mi alma de ensueño se colora,
y el huerto azul de mis saudades
con nuevos pétalos se enflora...

¡Prefiero a vanos oropeles
y a ostentaciones principescas
mis horas dulces y calladas,

y a una corona de laureles
un búcaro de rosas frescas
cortadas por manos amadas...!

XII

VINO AÑEJO

Con la alegría de una fuente
corre mi vida entre tus manos...
¿Qué importa que tenga mi frente
mechones de cabellos canos...?

Hay vino añejo y pan caliente;
maduran viñas y manzanos...
¡Será el otoño más clemente
que primaveras y veranos...!

¡El amor puro no se trunca...!
¿Qué nos importan tantas hieles
de los pasados desengaños...?

¡El corazón no es viejo nunca,
y como el vino en los toneles
se purifica con los años!

XIII

INVIERNO

¡Desnúdate de pompas vanas,
tórnate buena y religiosa,
alma, y recuerda a tus hermanas,
a la libélula y la rosa...!

Piensa en la nieve de tus canas
y en tu ansiedad de mariposa...
¡Doblan a muerto las campanas,
y están cavando una amplia fosa...!

Llorando sombras muere el día...
Las horas van pasando leves...
La racha helada ruge y zumba...

¡Adios, entrégate, alma mía...!
¡Piensa que las primeras nieves
pueden caer sobre tu tumba...!

XIV

DULCINEA

¡Vamos, reposa, peregrino,
junto al hogar, en la posada...!
Con su blancura la nevada
borró las huellas del camino...

Grazna un cuervo sobre la helada
osamenta mustia de un pino.
Conforta tu carne cansada
con una jarra de buen vino...

Es hermosa la posadera
y fresca como una manzana...
Su tálamo huele a tomillo...

¡Haz que transforme tu quimera
la posadera en castellana,
y la posada en un castillo...!

XV

REPOSO

Dejaste en tu senda errante
todos los sueños de tu vida...
¡Inunda el llanto tu semblante
y se desangra el alma herida...!

Dientes de lobo, caminante,
tienen tu carne enrojecida...
¡Junto a las llamas un instante
tu solitaria ruta olvida...!

Legendas y legendas forjas;
revive horas de bonanza
mientras descarga la tormenta...

¡El que no tiene en sus alforjas
ni la ilusión de una esperanza,
con sus recuerdos se alimenta...!

XVI

EL ÚLTIMO SONETO

¡No volverás, blanca silueta,
a aparecer en los umbrales
de mi retiro de poeta;
ni en tus pupilas otoñales

veré morir la tarde quieta,
mientras la lluvia en los cristales
llora de amor, y en la glorieta,
nievan los últimos rosales...

¡No darás luz a mis arcanos,
ni sentiré mis ojos presos
bajo las vendas de tus manos,

ni volverás a mi retiro
para rimar lánguidos besos
en el soneto de un suspiro...!

XVII

COFRE DE SANDALO

Cofre de sándalo te digo
por la fragancia que despides...
Para mi angustia de mendigo,
desamparado en tantas lides,

no hay panes cual los de tu trigo,
ni vino como el de tus vides...
¡En tu alma déjame un abrigo,
aun cuando luego me lapides...!

¡Aunque después hecho pedazos
a mi dolor me desampares,
y en vez de besos beba hieles...!

¡Solo un momento entre tus brazos,
y luego que en los muladares
me despedacen tus lebreles...!

XVIII

HIELOS

Horas de hielo... ¡Quién pudiera
resucitar en vuestro frío
las flores de mi primavera
y los incendios de mi estío...!

¡Volver a ser lo que era antes,
agilidad, destreza y brío,
lascivo como una pantera
e impetuoso como un río...!

¡Lanzar al viento mis cantares,
pirateando por los mares,
cautivador de carnes blancas,

sobre el puente de un velero,
bandera roja al mastelero
y cien forzados en las bancas!

XIX

ORACION

¡Señor, señor, mi carne grita,
aullando como loba hambrienta...!
¡Sangre de besos necesita
para aplacar, mi sed violenta...!

¡La tentación del cenobita
de nuevo ardiente me atormenta,
y hasta en las aras de la ermita,
sus desnudeces me presenta...!

Tiende sus brazos a mi cuello,
y entre la red de sus cabellos
me amarra en nudo de serpientes...

¡Me siento arder en su presencia,
y se desangra mi existencia
en la lujuria de sus dientes...!

XX

LOS VIAJES

¡Cansado de cruzar el mapa
sin tregua y sin derrotero,
como el que de un naufragio escapa
y a Dios se entrega por entero,

dejé a las puertas de la Trapa,
mi áureo jubón y mi sombrero,
mis armas y mi roja capa,
de libertino aventurero...!

Mi amigo fiel será el gusano
y mi enemiga la alba rosa...
¡Mis manos sembrarán las mieses

que me den el pan cotidiano,
y cavarán mi propia fosa
bajo la paz de los cipreses...!

XXI

CRISOLES

¡Llegar al fin de la existencia,
joven el alma, el cuerpo viejo,
y cristalina la conciencia
como la luna de un espejo...!

¡Verme Señor, a tu presencia,
sin que se frunza tu entrecejo,
y confundirme con tu esencia
y de tu luz ser un reflejo...!

Lanzar mi carne a los gusanos...
para volver luego a tus manos...
Y en el cristal de tu mirada

limpiarme del humano lodo,
¡y ser el Todo, si eres Todo,
y ser la Nada, si eres Nada...!

XXII

LA GALERA VIEJA

¡Has de tornar, pobre galera,
la blanca vela desgarrada,
roto tu casco de madera,
sin timón y desarbolada,

al viejo puerto que te espera,
y en el silencio de tu rada
sin tripulantes ni bandera
te pudrirás abandonada...!

¡Y en la verdosa agua silente
te irás hundiendo lentamente...
y acaso sobre tu cubierta,

desangrando por el ala rota,
desde los cielos caerá muerta
alguna blanca gaviota...!

XXIII

CAMINOS PERDIDOS

En el camino nos hallamos;
íbamos a distintas partes,
tú entre palomas y entre ramos
y yo entre espadas y estandartes;

tú, a cazar sueños con reclamo;
yo, a asaltar rudos baluartes...,
indiferentes nos miramos,
y no sé por qué malas artes,

de hechicería o nigromancia
tú te llevaste mis furores,
y yo me traje tu fragancia...

Trocamos nuestros derroteros...
¡Yo ando entre pájaros y flores
y tú entre grímpolas y aceros...!

XXIV

CASTILLO ROMANTICO

Si a tu castillo acaso llego
desde mis áridos parajes,
déjame un sitio junto al fuego,
entre tus dueñas y tus pajes.

¡No me rechaces con despego
cuando te rinda vasallajes,
porque pudiera el niño ciego,
tomar por suyos mis ultrajes...!

¡Ay, del que enciende mi venganza,
pues si una flecha el ciego lanza
al corazón le va derecha...!

¡No existe bálsamo en la vida
para curarnos esa herida,
que emponzoñada está su flecha!

XXV

FUENTE AMARGA

 Mi báculo de peregrino,
quemó en tu hogar como un ex-voto.
He terminado mi camino,
y ante tus pies mi vida he roto...

 En vano el piélago marino
me habla de algún amor remoto...
¡Plantó su tienda mi destino
junto a la esfinge de lo ignoto...!

 Ignoro si oculta tu mano,
en los misterios de su arcano,
una paloma o la serpiente...

 ¡Sediento llego en mi jornada,
y beberé aunque tu fuente
el agua tenga envenenada...!

XXVI

HOJARASCA

Fastidio gris en tierra y cielo...
borra los campos de neblina...
Nuestro infinito desconsuelo
en la tristeza vespertina,

es como un barco preso en hielo...
El eje de un carro rechina...
Hinchada al viento ensaya un vuelo
de ave borracha, la cortina...

Invade un turbio remolino
de hojas marchitas el camino...
Resuena un doble... ¡Y el nublado

de un tono trágico de acero,
vuelca el dolor de su aguacero
sobre el silencio gris del prado...!

XXVII

LLUVIAS

En las penumbras de la estancia
Otoño llora en un piano...
Disipa un nardo su fragancia
en un jarrón; cierra mi mano

un libro antiguo... En la distancia
se apaga el ángelus cristiano,
Otoño en mi espíritu escancia
todo el dolor del barro humano...

En los espejos descolora
la tarde gris su desconsuelo...
¡Todo estremécese de espanto...!

¡En el piano Otoño llora,
y a su compás mi alma y el cielo,
¡eshácense también en llanto...!

XXVIII

LA VIRGEN DEL MAR

Bajo un cielo de plomo anubarrado
encrespa su melena el oleaje,
y aulla, lúgubremente, el mar airado...
¡Danos, Virgen del Mar, un buen viaje...!

¡Cúbrenos con tu azul manto estrellado...,
presta fe al alma, al corazón coraje,
para tornar al puerto abandonado,
y ver de nuevo el familiar paisaje...!

¡Rige el timón, y danos compañía...!
Su azul serenidad la mar recobra
cuando ornada de estrellas te presentas...

¡Pero más que mi nave, Virgen, guía
el timón de mi alma que zozobra
en una gran tormenta de tormentas...!

XXIX

EL CAFE

En la consola el café humea...
Una enlutada me visita,
tímida como una zalea
y rubia como una Margarita...

Me evoca cosas de mi aldea;
una ventana y una cita;
la luna la plaza blanquea,
la fuente trémula palpita...

¡Con su charlar se torna mozo
mi pecho que la pena agobia,
y en dulces éxtasis me pierdo...!

¡Y nuevamente pruebo mozo
el primer beso de mi novia
entre los labios del recuerdo!

XXX

DESPEDIDAS

Fué muda nuestra despedida,
bajo la angustia del ocaso
no brotó sangre de la herida...
¡Por eso no le hicimos caso...!

Una sonrisa muy florida,
y nos perdimos al acaso...
¡Más por la húmeda avenida
se fué llorando nuestro paso...!

¿A dónde fuiste...? ¿A dónde he ido...?
Tú hacia la gloria, yo hacia el olvido...
Nuestros caminos son diversos...

¡Sólo ha dejado tu belleza
ese perfume de tristeza
que es como el alma de mis versos...!

XXXI

ALMA EN PENA

El parque ya perdió sus galas
bajo las lluvias otoñales...
No hay fugas trémulas de alas,
ni tienen rosas los rosales..,

¡Quedaron gélidas las salas;
ya no resuenan madrigales,
ni penden líricas escalas
de las ventanas ojivales...!

Tapiza el musgo el pavimento,
la hiedra trepa por la almena,
amortajando la ventana...

¡Solo, en la noche, zumba el viento
como si fuese el alma en pena
de alguna antigua castellana...!

XXXII

LA NOVICIA

¡Bajo la plata de la luna,
en el jardín de la abadía,
enflora con jazmines una novicia
se melancolía...!

Florécese en estrellas la laguna...
El eco de la letanía
mece con un vaivén de cuna
el sueño de la lejanía...

A su hembra, en un rosal florido,
un ruiseñor lento acaricia,
con sus arpegios sobrehumanos...

¡Y al ver que nunca tendrá un nido,
llora, en un banco, la novicia,
con la cabeza entre las manos...!

XXXIII

LOS CUERVOS

Se volatizan las veredas;
todo en lo gris se desmorona...
¡Paisajes hechos de humaredas
que con cenizas se emborronan...!

¡Esqueléticas alamedas
en donde solo desentona
las sucias y arrugadas sedas
de alguna hidrópica casona...!

¡De plomo es la serranía;
la legañosa tarde llora;
y al pie de un despeñadero,

aleteando de alegría,
un bando de cuervos devora
la podredumbre de un cordero...!

XXXIV

LA VENDA ROTA

¡Alma, volvamos a la senda...!
Olvida el lecho en que has dormido...
¡Hay que tornar a la contienda,
al viejo mundo en que has vivido,

hasta que acabe tu leyenda
y hundas tu nombre en el olvido...!
Nada te impulsa... Ya la venda
de tus pupilas ha caído,

¡Y sabes qué la vida es dura,
y tiene entrañas de pantera...!
Para partir... Alma, ¿qué aguardas...?

¡Sentado en una sepultura
hay un fantasma que te espera,
y se impacienta porque tardas...!

XXXV

LA ÚLTIMA CITA

¡Amanecer de Abril...! ¡El claro día
con una languidez voluptuosa
tus trenzas enjoyó de pedrería;
y, en la ventana, toda ruborosa,

entre el rosal que alegre florecía,
era tu faz como botón de rosa
que al soplo de las brisas se entreabría,
para hacer mi ilusión más luminosa...!

¡Lloraba el mar en el palmar cercano;
y al desligar mi mano de tu mano
para romper el lazo que nos ata,

la última estrella, en el azul del cielo,
rodó como una lágrima de plata
por el celeste adiós de tu pañuelo...!

XXXVI

UMBRA

¡Corazón, todo inútil, todo vano,
la luz que prodigó tu pensamiento
y la semilla que arrojó tu mano...!
¡Estéril todo fué para tu intento;

la fe divina y el amor humano...!
Tu vida es un fugaz deshojamiento...
¡Sembraste estrellas en el Océano,
y arrojaste tus lágrimas al viento...!

Tu goce y tu dolor, tan sólo han sido
relámpagos de olvido en el olvido...
Tu carne es barro, el alma una quimera,

y todo en polvo y viento se convierte...
¡Corazón, ya no tienes ni siquiera
la ilusión redentora de la muerte...!

XXXVII

ORACION

¡De tu Pasión por todos los dolores,
no me permitas, mi Señor, que muera
sin mirar florecer la primavera
en el viejo jardín de mis amores;

sin que en la suavidad de sus olores
se purifique mi existencia entera,
tornándome tan puro como era
cuando mi vida transminaba á flores...!

¡Flores de mi jardín, hermanas mías,
yo sé que eternamente recordáis
los cuidados y caricias de mi mano...!

Y que a veces, llorosas y sombrías,
a las brisas que pasan preguntáis:
—¿Habéis visto en camino a nuestro hermano?

XXXVIII

MEDIA VOZ

Ama las sedas pálidas el tono
de esos nobles tapices deslustrados,
que en los viejos alcázares cerrados
se van desvaneciendo de abandono.

Tiene su media voz el semitono
del que reza en un claustro arrodillado,
o trémulo se acerca, deslumbrado,
ante el glorioso resplandor de un trono.

Y hasta cuando su mano pulsa el clave
lo pulsa tan sùave, tan sùave,
con un recogimiento tan profundo,

que, como a una evocación pasmosa,
parece que el rondó de Cimarosa
desciende de otro tiempo y de otro mundo.

XXXIX

PRIMAVERA

En la muerta humedad de tus pupilas,
sentí desfallecer la Primavera,
mientras agonizaban las esquilas
en el silencio azul de la pradera.

Las brisas del crepúsculo venían
cargadas del olor de las montañas,
y suaves al pasar estremecían
con su tímido aliento tus pestañas.

Al verte como muerta entre mis brazos,
sentí la tentación de ahogarte en ellos.
La tarde ensangrentaba los ribazos;

y a los reflejos de su luz postrera,
ardieron fugitivos tus cabellos
como un áureo vellón en una hoguera.

XL

GALLITO

Hotel cosmopolita... En la terraza
irrumpe un pasodoble de la orquesta,
y cual clavel que floreció en la siesta
florece en mí, el alma de mi raza.

El corazón se arranca la mordaza
y en sonoro español prorrumpe: —¡Fiesta...!
¡Y su lanza ideal al cielo inhiesta
para prender al sol en su coraza!

España, ¿qué te importa ser tan pobre
si en oro sabes transformar tu cobre...?
Perfuman en la alegre musiquilla

las rosas de Valencia y de Granada
y los nardos de Córdoba y Sevilla...
¡España, España, como tú no hay nada!

XLI

EL BAMBUCO COLOMBIANO

Sentado en un peñón de la montaña,
mientras el sol en Occidente expira,
don Sebastián de Belalcázar mira
el floreciente edén que el Cauca baña.

Siente nostalgias de su patria; aspira
como un perfume al corazón de España,
y en su laúd que trémulo suspira
una trova andaluza se acompaña.

Una lágrima surca en lento giro
su mejilla; un suspiro al cielo envía...
¡Y ambos al viento los lanzó su mano...!

Y, al confundirse lágrima y suspiro,
surgió esa dulce y triste melodía
que se llama el Bambuco Colombiano.

TRISTES AMORES

TRISTES AMORES

I

Entre los encajes de alguna mantilla
contemplé en las sombras brillar tu mirada,
no sé si en un viejo patio de Sevilla
o en algún florido carmen de Granada.

Quizás fué soñando, mientras embriagaba
el alma de coplas y de manzanilla,
junto a la guitarra se durmió, arrullada
por las vivas notas de una seguidilla.

Sólo sé que bajo refulgentes cielos,
al pie de tus rejas, mataron mis celos;
que por ti a los campos me lancé sin pena.

Y sangrientos crímenes cometió mi horda,
y hasta los jarales de Sierra Morena
te robé en la grupa de mi jaca torda.

II

Mi pena intento reprimir en vano,
al pensar que esta carta tan sincera
donde en lágrimas va la vida entera,
abrir no podrá ya tu helada mano.

Acaso en esta hora en que te escribo
habrás partido, Amor... ¡Oh, yo, si espero,
si de pensarlo de dolor me muero,
es porque vives tú cuando aún yo vivo!

Aguarda... No es la hora de partida...
Sola te asustarás... Vas a perderte
por caminos sin fin, desconocidos...

Ya que todo nos lanza de la vida
queda un refugio eterno: el de la muerte...
¡Pero vayamos a buscarlo unidos!

III

Recordando ese amor sin esperanza,
del que mi loco corazón delira,
amor que tiende el brazo y no te alcanza
y abre los ojos y jamás te mira;

recuerdo del viajero la agonía,
muerto de sed a orillas de una fuente,
cuando ya casi el labio humedecía
en el claro frescor de la corriente.

¡Oh, visión adorada y maldecida,
que dando muerte a un tiempo me das vida!
Al par que mi vergüenza eres mi orgullo.

Y cual mi sombra, esta pasión que abrigo
me persigue tenaz, cuando la hubo,
y huye de mí, si loco la persigo...

IV

Jamás mis ojos volverán a verte.
Ellos lo saben y por eso lloran,
y al cielo, abiertos de terror, imploran
un poco de piedad para mi suerte.

Se pudieron cerrar sin conocerte.
Más hoy que tus miradas atesoran,
saudades de los tuyos les devoran
y temen la ceguera de la muerte.

¡Oh, mirarse en tus ojos reflejados,
intensamente, hasta quedar cerrados,
es su constante aspiración ardiente...!

Más antes que sus párpados se bajen
aprisionar, al expirar, tu imagen
para soñar contigo eternamente.

ANGUSTIAS DE AMOR

ANGUSTIAS DE AMOR

I

Como un corcel que al borde del abismo,
insensible a los golpes de la espuela,
se encabrita y a hundirse se rebela,
así lucha tu amor conmigo mismo.

Y por más que la espuela hundo en la herida,
a saltar el abismo no se atreve.
Se para de repente y no se mueve,
cual si salvar quisiera nuestra vida...

El alma tiembla en tu mano ingrata...
No sé qué tiene este cariño eterno...
Me da la vida y a la par me mata...

Y por algún capricho de la suerte
a un tiempo es para mí gloria e infierno...
Ni me deja vivir ni me da muerte.

II

Pupila amante que a mirar alcanza
la pesadumbre del hogar desierto,
mucho más triste que llorar a un muerto
es llorar un amor sin esperanza.

¡Tened piedad de mí, negros dolores!
Es mayor mi pesar que vuestra pena...
Si a vivir sin amor ella os condena,
¡yo también vivo, amando, sin amores!

La muerte misma os brindará consuelo
y vuestro amor renacerá en el cielo...
Mi destino fatal es aun más triste;

pues si esta vida atravesé llorando,
en la otra vida, si otra vida existe,
también por ella viviré penando.

III

Si tu insensible corazón supiera
la oculta pena que devora el mío,
este dolor tan hosco y tan sombrío
que nada pide porque nada espera,

espantada tu faz palideciera,
y maldiciendo tu mortal desvío,
tus lágrimas serían como un río
capaz de fecundar la vida entera.

Para evitarte, Amor, remordimientos,
disfrazo con sonrisas mis tormentos
cuando a tus plantas trémulo me postro,

lo mismo que la enferma pecadora
que sus mejillas con carmín colora,
para ocultar la palidez del rostro.

IV

Entre muros de encaje, mirando pensativa,
el alba en los jardines de la Alhambra desierta,
más que una forma humana, enamorada y viva,
parecerás la sombra de alguna novicia muerta.

¡Yo te sueño en la Alhambra! De blanco,
[silenciosa,
vagando como un rayo de luna entre las flores.
A tu paso la brisa será más olorosa.
y cantarán, al verte, mejor los ruseñores.

¡Yo te sueño en la Alhambra! Solos, en los
[jardines
embriagada en mis brazos de luna y de jazmines,
tus ojos en mis ojos, riendo dulcemente...

Y así, en la penumbra misteriosa e incierta,
mientras se apaga el gárrulo suspirar de la fuente,
besar tu rostro pálido hasta dejarte muerta.

VENECIANA

Se extingue la serenata
en la callada laguna,
bajo el olvido de plata
de la luna.

Dogaresa, Dogaresa,
cuyo místico blancor
la luna trémula besa,
sobre el alto mirador.

Que dice la serenata,
que por tu rostro de seda
una lágrima de plata
lenta rueda, lenta rueda.

La última nota palpita,
confundiéndose doliente
con un remo que dormita
bajo el silencio de un puente.

Desfallece temblorosa,
perfumando en su agonía
la soledad luminosa
de amor y melancolía.

El silencio marfileño
velada nube obscurece,
y todo desaparece
como el despertar de un sueño.

LAS NIÑAS GRISES

I

El sol apagaba sus tenues fulgores,
tñiendo de rosas las cumbres lejanas,
cuando por el parque cubierto de flores
desfiló el cortejo de las hospicianas.

Iban lentamente, baja la cabeza,
con los ojos tímidos fijos en el suelo,
como si pidieran para su tristeza
a la tierra madre ternura y consuelo.

Caminaban mudas, tristes y ojerosas
en largas y grises hileras iguales,
y sus rostros pálidos semejaban rosas,
rosas amarillas de enfermos rosales.

Son aves de paso que cruzan la vida
sin hallar un nido donde las esperen,
triste es su llegada, triste su partida
y llorando nacen y llorando mueren.

II

En la noche, nadie vigila su sueño,
solo cuando cierran sus ojos dolientes
baja el melancólico ángel del ensueño,
separa sus rizos y besa sus frentes.

Son almas en pena, pálidas violetas
que en el negro fango del vicio crecieron,
no se alegran nunca. Besemos poetas
esos tristes labios que jamás rieron.

La amargura vela su mirada grave,
son cuerpos de niñas con almas de ancianas,
sigamos sus pasos con amor: ¿quién sabe
si son nuestras hijas o nuestras hermanas?

El eco del Angelus, resuena a lo lejos.
todas se arrodillan y rezan en coro
y del sol poniente los vagos reflejos
envuelven sus sienes en nimbos de oro.

LA CANCIÓN DE LA VIDA

El eco melancólico de mi canción doliente
ahora, no hará que inclines la pensativa frente

sobre el devocionario de las meditaciones.
Un himno de alegría entra por los balcones.

Flamean las cortinas cual banderas triunfales,
los espejos reflejan paisajes orientales;

y al beso de las tibias brisas llenas de aromas,
semejan las cuartillas bandadas de palomas

blancas que, aleteando, quieren alzar el vuelo
para cantar la vida bajo el azul del cielo.

En el aire hay caricias. La campiña está en fiesta,
un incendio de púrpura llamea en la floresta;

y revoloteando en las torres vecinas
parece que me hablan de amor, las golondrinas.

¡Abandona, poeta, castillos medioevales
donde, encantadas, sueñan princesas ideales;

ojos sin sol, de vidrio; mano que puede apenas
sostener una mística guirnalda de azucenas...!

Canta ese amor ligero, ese amor que no deja
más que un frufú de encajes y sedas que se aleja,

un recuerdo suave, una leve fragancia,
y el eco de una risa vibrando en nuestra estancia.

La mujer que al acaso hallaste en tu jornada,
su lasciva cabeza reclina en la almohada,

y entreabiertos los labios y palpitante el pecho,
desnuda y temblorosa se te ofrece en el lecho...

¡Gózala intensamente...! Esa desconocida
que el azar a tus brazos ha arrojado, es la vida.

Mañana será otra, igual o diferente,
morena, rubia o pálida, insensible o ardiente...

Será acaso más bella, quizás será más loca...
¡Darás el mismo beso, aunque en distinta boca!

La inconstancia de una en brazos de otra olvida...
Ama, bebe y alégrate. Es un festín la vida.

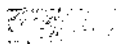
Sonríe eternamente —es un sabio consejo—
al placer como un niño y al dolor como un viejo.

El sol como una inmensa y líbrica mirada
incendia en un relámpago de luz en la enramada,

Calla el pájaro, apaga la fuente su lamento
y se besan los árboles, a los besos del viento...

No llores sobre el féretro de olvidados amores...
¡Ven al jardín, aún quedan en los rosales flores!

¡Aún hay nidos y tálamos entre el ramaje espeso,
y labios en flor, dignos de recibir tu beso!



MORENA MIA

MORENA MIA

I

Bajo el fulgor lunar el mar es plata,
entrebre, tú mi bien, tu mirador,
y asómate a escuchar la serenata,
que, mientras duermes tú, vela el amor.

Asómate al balcón, morena mía,
las sombras de mis noches a alumbrar,
que como un ciego sin bordón ni guía,
así voy sin la luz de tu mirar.

II

La brisa de jazmines perfumada
despierta la pasión que duerme en mí:
la noche está para el amor creada
y todo vive, como yo por ti.

Asómate al balcón, morena mía,
las sombras de mis noches a alumbrar,
que como un ciego sin bordón ni guía,
así voy sin la luz de tu mirar.

III

Sal a darle consuelo a mi tormento,
que si no sales, del balcón al pie,
como esas rosas que deshoja el viento
sin la luz de tus ojos moriré.

Asómate al balcón, morena mía,
las sombras de mis noches a alumbrar,
que como un ciego sin bordón ni guía,
así voy sin la luz de tu mirar.

PLUS ULTRA

PLUS ULTRA

¡Elevemos el Himno sonoro,
la alegre diana
con que atruena el azul la mañana
con sus largos clarines de oro...!
¿Qué milagro se cumple...? En Oriente
proyecta la Aurora sus arcos triunfales;
y en el mar y en los cielos, en todo, se siente
un clamor de campanas pascuales...
Desde el promontorio más alto de España,
trémula de asombros,
Europa contempla la homérica hazaña,
¡y el globo del Mundo trepida en sus hombros!
Africa, en el Teide, cerrando las grandes
pupilas de incendio, dobla la cabeza;
y el alma de América se asoma a los Andes
¡y, sobrecogida, se arrodilla y reza...!
De estupor las brisas suspenden su vuelo;
y hasta el sol, victorioso, tremola
sus rayos, ¡cual una bandera española
que cubre los mares, la tierra y el cielo...!
¿Quién nos dijo que España está muerta...?

¡Ciñendo a las sienes su corona trunca,
España, de un sueño secular despierta
más ágil, más fuerte y heroica que nunca...!
¡Un milagro de fe la reanima;
y en estrofas de oro y de acero
eclipsar pretende, con la nueva rima,
las más bellas gestas de su Romancero...!
¡Contempladla, los ojos en lumbre,
la mente en ensueños y el labio en cantares
vigilante en la más alta cumbre
que socava el furor de los mares,
como símbolo heroico de Palas,
ostentando con regio decoro,
la lanza y el peto y el casco de oro,
y en los hombros, temblando, dos alas...!
¿Es España, la misma que un día,
con la cruz de su espada en la mano
traspasó todo el límite humano,
superó toda humana osadía;
y lo mismo en la paz que en la guerra
cadenas de siervo prendió al Océano,
y ajorcas de esclava le ciñó a la Tierra...!
Domó al Tiempo, su brazo desnudo;
ningún imposible detuvo su paso,
¡qué el *Plus Ultra* grabado en su escudo
es lema glorioso de un sol sin ocaso...!
Ascendió a las cumbres, rodó hacia el abismo,
pero siempre tuvo, generosa y pura,
un Puerto de Palos, para la ventura,
y una Zaragoza, para el heroísmo...

¿Qué voz agorera
nos dijo que España, la fecunda y fiera
leona, que, en un parto, dió veinte leones;
la que entre sus garras detuvo la esfera
y apresó, en castillos, las constelaciones,
tan sólo un cadáver insepulto era...?
¡Vive, la que al mundo le impuso sus leyes;
no está pudriendo, cubierta de gloria,
en el pétreo Escorial de la Historia,
igual que las momias de sus viejos reyes!
Sofiendo con nuevas proezas, dormía
un sueño de siglos... ¡La Aurora
la ungió, de repente, de luz y armonía...!
Despertó de su sueño glorioso... Y ahora,
encontrando ya el mundo pequeño
para la parábola triunfal de su ensueño,
sus alas de armiño potentes y bellas
despliega los astros en épico vuelo,
ansiando, en su orgullo, conquistar el cielo
y su regia frente coronar de estrellas...!
¡Corona de estrellas...! ¡La única corona
digna de tus sienes, inmortal matrona!

ENVIO

A Ramón Franco y a sus compañeros
de gloria.

¡Para exaltar la sombra errante
de su glorioso advenimiento;
para loar al Almirante
de las estrellas, al Colón
de las Américas del viento,
más que las flores de un jardín,
las roncadas salvadas del cañón
y el trueno de oro del clarín,
que España va en tu corazón...!
¡Oh, imperturbable paladín
del más quimérico ideal...!
¡Lo portentoso de tu hazaña,
tu primavera hará inmortal...!
Tu juventud... ¿No es la virtud
maravillosa de mi España,
eternizar la juventud?

Todos los héroes de la raza
esperan a su compañero...
En tu loor Pizarro traza,
con la osadía de su acero,
límite humano al heroísmo;
y Hernán Cortés, para exaltar
las alas de tu patriotismo,
quema sus naves en el mar.
Pedro Valdivia, el fundador
de un pueblo heroico de condores,
hace que entonen, en tu honor,
marcial redoble sus tambores...
Garay te ofrece la divina
mansión de frutos y de flores
que en la República Argentina...
San Martín y Bolívar, y Sucre y Carreras,
los Libertadores,
también orgullosos te rinden honores
desplegando en un himno de luz sus banderas.
¡Triunfador de las alas de fuego,
del vuelo inaudito y el alma quimérica,
como lírica ofrenda te entrego
esta doble corona que entrafía
el laurel más frondoso de América
y el ramo de encina más fuerte de España...!

LA MUJER CUBANA

LA MUJER CUBANA

Más que ese traje sombrío
de altiva dama cristiana,
tu languidez de sultana
pide para su atavío,
el prestigio iridiscente
y las pompas imperiales
de las sedas, de los chales
y de los velos de Oriente.

Y en lugar de esa mansión
de un lujo tan actual,
reclama la ostentación
de tu belleza oriental,
el fausto afiligranado
de encantamiento que alhaja
la fábula del dorado
Mirador de Lindaraja.

¡Oh, negros ojos ardientes,
por cuya altiva mirada
hubiesen roto su espada
mis gloriosos ascendientes;
aquéllos nobles galanes
que atravesaron ufanos
los desiertos africanos
en sus raudos alazanes,
para labrar su morada,
cual joyel de maravilla,
en los huertos de Sevilla
y en la vega de Granada;
y, que al par, en sus pasiones,
fueron amantes y fieros...!
¡Para la guerra, leones,
y para el amor, corderos!

¡Si en aquella época hubieras
embalsamado la brisa
con tus frescas primaveras,
por obtener tu sonrisa
y hacer de tus gustos leyes,
Almanzor, ante tus plantas,
trajera, por las gargantas
encadenados, cien reyes...!

¡Para alumbrar el florido
misterio de tus jardines,
tu baño y tus camarines,
también hubiese traído,

en su amorosa ansiedad,
las campanas musicales
de todas las catedrales
que tiene la Cristiandad!

Y Abderramán, por beber
la embriaguez de tus suspiros,
mandara al punto tejer
con perlas y con zafiros,
con topacios y rubíes,
con aljófares y flores,
alcázar cuyos primores
envidiasen las huríes;
y, en tu honor también alzara
para tus esparcimientos,
una ciudad de portentos
como Medina Zahara.

¡Y Altotamid, el cantor
más dulce y apasionado
de la gloria y el amor,
también hubiese loado
el perfume de violeta
de tu juventud florida,
en la más bella kasida
de la lengua del Profeta!

CANTO A AMERICA

CANTO A AMERICA

I

Como un Emperador, en sangre tinto,
expira el sol... ¡Sonríete y reposa
sobre el antiguo mármol de este plinto
que reclama la estatua de una diosa...!
¡Yo, para disipar esos agravios,
he de inmolar, ante tu altar, de hinojos,
las más dulces miradas de mis ojos
y los más tiernos besos de mis labios...!
¡Así, qué bella estás...! ¡Esta colina
que es como el alma de la vieja Roma;
la púrpura solar que te ilumina;
el incienso de Mayo que te aroma;
la columna en que muda te sostienes;
el arco roto que te presta sombra;
la rama de laurel que orna tus sienes,
y ese tapíz de hiedras que te alfombra;

todo este ambiente heroico, que atestigua
un pasado de gloria y de grandeza,
dá a la fragilidad de tu belleza
la eternidad de una belleza antigua...!
De una estirpe divina, a mis antojos
toda la pompa celestial sugieres...
¡Diana debió ser como tú eres,
y Venus tuvo que tener tus ojos...!
¡Cuando mañana, a la remota América,
la nave vuela por la azul llanura,
superarán mi orgullo y tu hermosura
de Helena y Paris, la leyenda homérica...!
Y al cerrar con mis besos tus pestañas,
dirá mi orgullo con tu amor a solas,
mientras gimen los vientos y las olas,
y el perfil de las últimas montañas
en la lejana bruma se amortigua:
—¡Oh, Viejo Mundo...! ¡En mi bajel me llevo
todo el fulgor de tu belleza antigua,
para encender de amor a un Mundo Nuevo!

II

Aquí, ¿qué dejas?
¡Podredumbre, vileza y cobardía...!
¡Viejos prejuicios y ciudades viejas;

Cristo en la cruz, sangrando todavía;
catedrales que el tiempo desmorona;
el cáliz roto y profanada el ara;
la impiedad con cayado y con tiara
y la idiotez con cetro y con corona...!
¡Tronos que se derrumban en astillas;
la libertad que de expirar acaba,
y la Europa que tiembla de rodillas
ante Napoleón, como una esclava...!
¡Allí, en vez de salones cortesanos
y la estrecha prisión de tus ciudades,
tendrás la pompa inmensa de mis llanos,
por cuyas anchurosas soledades,
cuando abaten las alas las tormentas,
en las noches de estrellas consteladas,
desgarran, con sus finas cornamentas
la plata de la luna, las vacadas;
y en el iris triunfal de los estíos,
en un raudó galope sobrehumano,
saltando zanjas y cruzando ríos,
con pulso firme y con certera mano,
lanzan potros salvajes los llaneros,
mientras bajo la paz de los samanes,
a la orilla de hipnóticos esteros,
bostezan esmeraldas los caimanes...!
¡Allí, en vez de tus parques invernales
recortados a punta de tijera,
te ofrecerán su eterna primavera
nuestras vírgenes selvas tropicales!

¡Allí, en vez de jacintos y rubíes,
para enjorar tus rizos ondulantes,
te darán mis cocuyos sus diamantes
y sus iris de sol mis colibríes;
olvidarás tus nardos y azucenas,
tus rosas, tus jazmines y azahares,
aspirando el ardor de mis cayenas
y el fragante coral de mis bucares;
y en la pompa pluvial de los ocasos,
cuando todo en tus ojos lo zafiras,
no rimirán la gracia de tus pasos
los violines, las flautas ni las liras,
sino el estruendo de mis manantiales,
el verde abanicar de mis palmeras,
los celosos rugidos de mis fieras
y el amante arrullar de mis turpiales...!
¡Y de los Andes en la blanca cima,
donde se rasga con la mano el cielo,
y el alma, ansiosa de infinito, rima
con el alma de Dios su eterno vuelo:
allí, con luz de sol y con fulgores
de estrellas, de una roca suspendido,
fabricará mi orgullo nuestro nido
para ocultar al mundo tus amores...!

RESPONSO HEROICO

RESPONSO HEROICO

*Al oficial español desconocido encontrado en
Santiago de Cuba el 12 de Marzo de 1922*

A José Gómez Herrero

I

En nombre de España,
la excelsa matrona fecunda
que ha nutrido en sus senos
la gloria de veinte naciones,
imponiendo a dos mundos,
de un golpe, su férrea coyunda;
de la altiva Leonesa
que un día rasgó sus entrañas,
desangrando sus venas
en parto de veinte leones

que ahora son la esperanza
de veinte futuras Españas;
en el nombre sagrado
de aquellos audaces halcones
que impusieron tenaces,
al Globo, su Cruz y sus leyes,
y encontrando mezquina
la Tierra, las alas bizarras
desplegaron por mares
ignotos, trayendo a sus reyes
la quimérica presa
de un Mundo sangrando en sus garras;
en el nombre de aquellos
valientes soldados, que en una
embriaguez de divinos
ensueños, lejos de su tierra,
en su bárbara siega
de flores segó la Fortuna,
y en su roja vendimia
de sangre vendimió la Guerra;
los que aullar escucharon
la Muerte, con un gesto altivo,
y en el mar o en el campo
cayeron, tras ruda campaña,
afiorando en los ojos
el dulce paisaje nativo
y besando en sus labios
el nombre materno de España;
en el nombre de toda
mi Raza, raza cuyos trazos

invencibles forjaron,
a un tiempo, Firmeza y Denuedo,
fatigando el martillo,
las almas, el yunque y los brazos
en las fraguas que incendian
en llamas de gloria a Toledo;
en el nombre de todos,
alzando mi espada y mi escudo,
en un voto ferviente
de insignes victorias cercanas,
¡oh, guerrero ignorado!,
¡tus restos mortales saludo
dando al aire, en repiques
pascuales, todas mis campanas...!
No se acerca mi Musa,
temblando como plañidera,
a verter enlutada
sus llantos sobre sus despojos...
¡Su canción es un nuevo
mensaje de la Primavera,
y están ebrios de augurios
y ensueños celestes sus ojos!

II

Mientras lanzan los áureos
clarines sus largos clamores,
y redoblan, pausados,
sus parches los roncós tambores;
y espirales de incienso
perfuman la paz de los cielos,
y te ofrendan doncellas
la nieve nupcial de sus velos,
y en tu honor se levantan
en rezos las voces del coro;
con fervor, de rodillas
postrada, mi Musa te inmola
sus ardientes y altivas
estrofas de púrpura y oro.
¡Para que ellas te envuelvan
cual una bandera española...!

III

¡Un augurio divino
de Pascuas en todo palpita!
¿Qué clamores resuenan...?
¿Qué aurora florece en Oriente...?
¿Qué rumor de Oceano
sin playas, remoto se siente...?
¿Qué milagro se cumple
de nuevo...? ¿Qué Dios resucita...?
Un camino de chispas
de estrellas y polvo de soles,
a través de los mares,
a Cuba con España enlaza...
¡Se aproxima el cortejo
glorioso que es luz de la raza!
¡Son los Héroes...! ¡El oro
más puro de nuestros crisoles...!
Fabulosos monarcas,
caudillos, príncipes, guerreros...
¡Y tras ellos, desfilan
en triunfo, montañas enteras
de venablos y lanzas
y picas, bosques de banderas,
y florestas inmensas,
fulgentes de heroicos aceros!

IV

¡Oh, soldado sin nombre,
despierta, que llega la Historia
Inmortal, para darte
su eterno bautismo de Gloria...!

V

Levantada la férrea
visera del casco sonoro,
y al andar, resonando
la espuela y el peto de oro,
cual siguiendo la marcha
guerrera de su Romancero,
el buen Cid, de la barba
bellida, se acerca el primero,
para dar a tu rostro
sin vida, sus besos de hermanos,
y ofrecerte, desnuda
del guante, la flor de su mano....

VI

Con corona y con cetro
reales, perfilase austera,
entre regios armiños,
la sombra de Isabel Primera..
La que es Reina entre reinas,
avanza con ritmo severo,
y en tu tumba—soldado
sin nombre—, se inclina amorosa...
¡Y del pecho florido
se arranca la luz de un lucero,
y con él condecora
de eternos fulgores tu fosa...!

VII

Un clarín grita: «¡Fuego...!»
 Y en tanto que sus batallones
 resucitan de nuevo
 la rota triunfal del Caney,
 en sus brazos te estrella
 la sombra barbuda de Vara del Rey,
 ¡y se funden en uno
 los ritmos de dos corazones...!
 Y de Flandes los tercios
 invictos te rinden banderas;
 y caudillos y reyes
 se alargan en dobles hileras...
 Sus espadas desnudas
 y fieras, cruzan los guerreros;
 y, mostrando a tus ojos
 la larga bóveda de aceros;
 como premio a la vida
 perdida tras épica hazaña,
 ya de nuevo prorrumpe,
 sonora, la voz de la Historia:
 «—¡Resucita, soldado
 sin nombre...! ¡Y, en nombre de España,
 bajo un arco de triunfos,
 camina, por siempre, a la Gloria...!»

VIII

¡Oh, guerrero! ¿De dónde
te trajo tu buena fortuna,
a regar con tu sangre
la verde campiña cubana...?
¿Qué lugar de mi España
gloriosa cobijó tu cuna...?
¿Dónde, dime, te espera,
rezando, la novia lejana...?
Los pinares de Asturias,
¿te dieron su heroica firmeza?
¿Te prestó la sagrada
Castilla su alma de diamante;
Cataluña, la brava,
su ruda y activa entereza;
o el vigor de sus palmas,
la fértil región de Levante...?
¿Con su más duro fierro,
Vizcaya te forjó en sus fraguas;
o tus miembros desnudos,
de atleta, lustraron las aguas
inmortales del Ebro
famoso...? ¿Naciste en la Vega
de esmeraldas, jacintos
y aljófar, que el Segura cruza...?
¿Suspiró tus morriñas
saudosas la gaita gallega;
o lloró tus amores
la triste guitarra andaluza...?

IX

¿En qué noble y antigua
 casona, preside el estrado,
en su marco de talla,
 ceñido de negros crespones,
tu retrato de Alférez,
 que a besos la madre ha borrado...?
¿Qué antañona gaveta;
 qué santo libro de oraciones,
aun conserva, borrosa
 de llanto, tu carta postrera...?
¿La Montaña, te aguarda...?
 ¿Navarra, la heroica, te espera...?

X

Santas madres de España,
divinas novias españolas,
que, bizarro, le visteis,
un día, perderse en las olas;
y, aflorando las mieles
y el llanto de último beso,
esperasteis, en vano,
rezando, la hora del regreso...
¡Benedicid del ausente
perdido la dulce memoria,
que, al morir por España,
descansa, por siempre, en la Gloria...!

LA ISLA CRUCIFICADA

SANTO DOMINGO



ECCE POPULUS

¡Yo ví un pueblo, Señor, crucificado
sobre la blanca cruz de su bandera,
igual que Tú, de espinas coronado,
el busto inmóvil y la tez de cera,

el rostro de dolor desencajado,
vuelta la vista a la celeste esfera
sangrando por la herida del costado
y roja de sudor la cabellera...!

Y cual Inri también, sobre el madero,
escrito en inglés bárbaro un letrero:
—¡Por ser tierra inerte, libre y rica,

América del Norte te condena;
y en nombre del Derecho te encadena,
y por la Libertad te crucifica!

LAS CIUDADES DE SANTO DOMINGO

I

SANTO DOMINGO.

Santo Domingo, Ciudad Primada,
tan legendaria, tan religiosa;
mirto y encina, laurel y rosa,
cota y casulla, mitra y espada;

primera estrofa del gran poema
de oro y de acero, de gloria y luz,
donde levanta, como un emblema,
sus redentores brazos la Cruz,

prestando alientos a la esperanza
en la más honda tribulación,
como diciendo: —¡Ten confianza...!
¡Con este signo todo se alcanza,

porque es el signo de Redención...!
¡Solar de veinte pueblos hermanos,
vela tus fuerzas; y aunque los grillos
sieren los huesos de tus tobillos

y entre cadenas sangren tus manos,
ni en los sudores de tu agonía
doblegues nunca tu altiva frente;
pon el pasado sobre el presente,

y en tu futuro de luz confía,
porque de toda la estirpe ibérica
la fe indomable su fuego entrafía
en los volcanes de tu alma homérica,

y serás siempre, para la América,
lo que Toledo fué para España...!
¡La Ciudad Santa, donde la Historia
tímida entra, descalzo el pie,

a deslumbrarse con la memoria
y la grandeza de lo que fué...!
¡El Arca Sacra de nuestra gloria
y el relicario de nuestra Fe...!

¿Qué importa verse crucificado,
manando sangre por el costado,
en el Calvario de la Pasión?,
si en las antiguas torres cristianas

claman los bronces de las campanas:

«¡La Fe no ha muerto...! ¡Resurrección...!»
¡Santo Domingo, ciudad sonora,
como una antigua trompa guerrera,

de ojos de llama, labios de aurora,
y alma fecunda de Primavera;
maravillosa Ciudad Primada,
segura y recta como la espada

que en tu recinto clavó triunfante
la noble mano del Almirante;
y al mismo tiempo tenaz y osada,
como los bravos aventureros

que con sus cruces y sus aceros
resucitaron en su jornada
y superaron en la pelea
los heroísmos de la Iliada

y los peligros de la Odisea...!
¡Templo de acero te dió Castilla,
y en los azares de tu camino,
bajo tu planta, soberbia, humilla

hasta lo adverso de tu destino...!
¡Jamás abatas tus pensamientos;
desprecia el soplo del vendaval,
y alza tu gloria pétreo a los vientos,

como segura de sus cimientos
yergue sus torres tu Catedral,
que a tu alma dieron esos caudillos,
con el prestigio de sus blasones,

la resistencia de sus castillos
y la fiereza de sus leones...!
¡Ciudad vetusta de oro y de acero,
digna del ritmo recio y profundo

y de las pompas del Romancero;
la Salamanca del Nuevo Mundo...!
¡Todas tus piedras claman a una;
y ante lo intenso de sus clamores

llantos de plata vierte la Luna
y el Sol desangra sus resplandores...!
Sobre tus ruinas curva los hombros,
y tu destino descifrarás,

oyendo el eco de sus escombros...
¡Reza!—Murmura San Nicolás...
—¡Ten la fe heroica de los varones
que levantaron mis torreones;

y en los arrobos de mi sagrario
se consumieron como carbones
en los vaivenes de un incensario...!
¡Los que postrados en mis altares

ven cómo el humo de su ceniza
bajo los siglos se pulveriza
con la argamasa de mis sillares...!
¡Sigue sin tregua tu derrotero,

enamorada de tus linajes,
con la constancia del misionero
que despreciando mofas y ultrajes,
mano que hostiga, piedra que hiere,

con las pupilas en Cristo muere
bajo las flechas de los salvajes...!
Sobre las furias del mar erguidos,
mostrando altivos sus cicatrices

de viejas glorias, y estremecidos
hasta en las piedras de sus raíces:
—¡Armate!—gritan tus baluartes...
—¡Se cual los bravos que desplegaron

sobre mis torres sus estandartes
y con su sangre nos fecundaron...!
¡Al sol desnuda la vieja espada;
ciñe la antigua cota guerrera,

y muere antes que ver izada
sobre nosotros otra bandera...!
¡Nada te importe, Ciudad bravia,
que la moderna piratería

bajo el amparo de sus disfraces
turbe el silencio de tus arenas,
porque tus manos aún son capaces
—y de ello siempre tuvieron fama—

de rasgar frenos, romper cadenas,
y ahorcar piratas de las almenas
que se reflejan sobre el Ozama...!
¡Ciudad que eres altar sagrado

donde dos mundos se han desposado,
calla la angustia de tu sufrir,
y oye las voces de tu pasado
que son las voces del Porvenir...!

¡Cuentan las brisas a tus florestas
y el plenilunio narra a tus flores
las sobrehumanas y heroicas gestas
de aquellos nobles conquistadores

que de las ceibas de tus riberas,
en un enlace férreo y fecundo,
liaron los cables de las galeras
que descubrieron un Nuevo Mundo;

los que en ofrenda de tanta hazafia
te moldearon, en sus destierros,
con los granitos y con los hierros
de las Ciudades viejas de España,

ennobleciendo tus maravillas
con la bandera de las Castillas;
y sobre el yunque, con férrea maza
delinearon tus firmes trazos,

como forjados, a martillazos,
sobre el acero de una coraza...!
¡Santo Domingo, faro divino
que en las tinieblas del mar profundo

al argonauta mostró el camino
del vellocino del Nuevo Mundo...!
¡Ciudad que antiguas glorias rezumas,
y aún tus altivas sienas coronas

con los penachos de regias plumas
de tus Caonabos y Anacaonas...!
¡Solar invicto de los Colones,
que te cifieron la flor suprema

un regio Alcázar, como diadema,
y un cinto heroico de torreones...!
¡Nidal de aquellos bravos halcones
que alzaron soles bajo sus huellas,

y en sus divinos y raudos vuelos
se remontaron hasta los cielos
y desplumaron a las estrellas;
y en su inaudito volar ardiente,

estremecidas las alas grandes,
aprimaron, sobre los Andes,
entre sus garras un Continente...!
La misma sangre de los bizarros

héroes que ensalzan eternas loas:
de los Corteses, de los Pizarros,
de los Ojedas y los Balboas,
ardió en las venas de los Duartes

Vázquez y Mellas: ¡La Trinidad
que desplegando sus estandartes
le dió a tu pueblo la libertad...!
¡Santas mujeres dominicanas,

bellas y nobles como sultanas,
de altivos portes y andar sereno,
negras pupilas y rizos bravos,
¡secad las fuentes de vuestro seno

antes que nutran sangre de esclavos...!
¡Santo Domingo, ten fe y confía,
que la justicia de Dios un día
hará que ondule, libre a los vientos,

la cruz de armiño de tu bandera
como un emblema de tu hidalguía...!
¡Clava en los Cielos tus pensamientos;
pero no olvides, en tu porfía,

que eres cachorro de una Leona,
y antes que ultrajen a tu arrogancia,
arde y expira, como Numancia...!
¡Quémate y muere, como Gerona...!

¡Alza tu frente grave y austera
de la desgracia que ahora te abisma;
no pierdas nunca la fe en ti misma,
y vigilante y armada espera

bajo la sombra de tu bandera...!
La suerte adversa sufre con calma,
y tu Calvario recorre sola...
¡Cada martirio tiene su palma...!

¡Nadie arrancarte podrá tu alma...,
y tu alma siempre será española!

II

SAN PEDRO DE MACORIS

¡Ciudad de los Ingenios, a quien presta su escudo pontifical el nombre del Apóstol barbudo,

que bajo los auspicios de la Loba Romana erigió los cimientos de la Iglesia Cristiana...!

¡Que las manos que guardan las llaves de los cielos, custodien tus destinos y dirijan tus vuelos,

hasta que la más joven de todas las ciudades de la antigua Hispaniola, asombre a las edades

con las inmarcesibles glorias de sus laureles; y en tus marmóreos pórticos esculpan los cinceles

con caracteres áureos, blanca ciudad moderna:

—Soy como Esparta heroica, y como Roma eterna!—

¡Jamás ni los más ricos y ostentosos monarcas
tuvieron los tesoros que custodian tus arcas,

pues las rubias abejas de tu enjambre sonoro
truecan la caña en mieles y las mieles en oro,

y transforman la humilde flor de tus cafetales
en fabulosos iris de joyas imperiales...!

¡Más aunque resucitan tus radas de zafiro
las pompas comerciales de Sidón y de Tiro,

fiel a la noble sangre que enrojece tus venas,
en tus plazas revives las agoras de Atenas,

y músicos y artistas y poetas supremos
hacen de tus vergeles un Jardín de Academos,

pues con las carabelas gloriosas de Castilla
que hacia este Paraíso enfilaron la quilla,

entre oidores, soldados, frailes y traficantes
vino también el genio divino de Cervantes,

para poner cual alas de todo humano anhelo
nostalgias de infinito y saudades de cielo...!

Tu historia es la leyenda de todo esfuerzo humano;
con tus muros de palma y tu techo de guano

primeramente fuiste solitario bohío
soñando en las azules transparencias del río,

donde una joven india, como una garza esbelta,
sobre el bronce desnudo la negra trenza suelta

y los ojos clavados en el azul del agua,
esperaba el arribo de una frágil piragua...

Después fuiste una aldea... Las garzas en su vuelo
trazaron una curva de asombro por el cielo,

al romper el silencio lustral de la mañana
el argentino y dulce clamor de una campana...

Luego fuiste poblado... Tus verdes cocoteros
aplacaron la lúbrica sed de los bucaneros...

¡Y ahora, bajo el amparo feraz de tus montañas,
entre huertos de flores y vergeles de cañas,

entre el maravilloso dosel de tus palmeras,
surges, ciudad de ensueño, del mar a las riberas,

limpia, clara y amable, con tu traje sencillo,
blanca y azul, cual una Concepción de Murillo!

¡Y el Ángel del trabajo, entre sus manos puras
como en la apoteosis de las viejas pinturas,

mientras cruzan los cielos repiques y canciones,
te ofrece el blanco lirio de las Anunciaciones...!

¡Y se empurpura el nardo de tu rostro moreno,
al sentir que algo nuevo quiere romper tu seno...!

¡Ciudad, al mismo tiempo alegre y laboriosa,
—actividad de abeja y alma de mariposa—,

Hasta que de dulzuras se rompan tus panales
y cristalicen todos tus sueños ideales,

sigue libando mieles y poemas en todas
las flores que se abren para aromar tus bodas...!

¡No afemines tu sangre ni amengües tu energía;
prosigue acrecentando tu hacienda cada día...!

¡Labora en los prodigios de tus campos...! ¡Labora
hasta que estallen himnos de claridad la aurora,

y en un lagrimeante fulgor de pedrería
se apaguen las estrellas al resplandor del día...!

¡Cuida y vigila el sueño que en tus entrañas late,
y ármate para el ímpetu del futuro combate,

que si Santo Domingo es centinela armado
que custodia las ruinas gloriosas del Pasado,

tú, serás la nodriza que con su seno puro
ha de nutrir de gloria las glorias del Futuro...!

¡Los tiempos son de lucha, ciudad dominicana...!
¡El Derecho es tan solo una palabra vana,

cuando contra el impulso de extrañas ambiciones
no lo ampara el escándalo mortal de los cañones...!

¡La Justicia del débil en humo se convierte
cuando se opone al bárbaro derecho del más fuerte!

¡Y a pesar de la blanca mano del Nazareno,
de tanto y tanto código, y tanto y tanto freno,

la Fuerza eternamente será el Moloch fecundo
que devore sin treguas el corazón del mundo...!

¡Hay que vivir armados hasta los dientes, para
afrontar los peligros que vengan, cara a cara,

y oponer hierro a hierro, y ambición a ambición,
y a las garras del águila las zarpas de león!

¡Oh, heroicos niños!, ¡cómo cazaréis las estrellas,
si en la aljaba no hay flechas que lanzar contra ellas!

¡Para herir en el blanco no basta ojo certero,
y tener firme el pulso y el corazón de acero,

sino que es necesario un arco bien seguro
y una flecha que pueda atravesar un muro...!

¡Por eso, ciudad blanca y azul, calla y trabaja;
tala cañas de oro; tu pesar amortaja,

arrojando en los surcos las simientes futuras;
y si algún día sientes extrañas ligaduras

y algún Ojeda esposa tus puños de Caonabo,
no olvides que en tu raza jamás hubo un esclavo,

porque tu raza hispana, altiva, audaz y fuerte,
sabe que esclavitudes se borran con la muerte...!

¡Ciudad azul y blanca, vive en paz y labora;
en los celestes surcos lanza siembras de aurora;

forja del hierro duro que en sus senos encierra
los arados que hagan más frondosa tu tierra;

pero del mismo hierro, forja también la espada
que defienda los fueros de tu heredad sagrada

donde tan fértilmente arraigó la semilla
del altivo y valiente corazón de Castilla...!

Y si violentamente, una mano extranjera
profanase algún día la cruz de tu bandera,

¡ciudad azul y blanca, recuerda, aunque estés sola,
que corre por tus venas nuestra sangre española;

y esgrimiendo el acero con tus robustas manos
sé tú la Covadonga de los dominicanos!

III

SANTIAGO DE LOS CABALLEROS

¡Santiago de los Caballeros...!
¡Ciudad trazada, de improviso,
en un jardín del Paraíso,
por la virtud de los aceros

de treinta hidalgos de Castilla,
como un tributo de campaña
al Santo Apóstol que acaudilla
las huestes épicas de España...!

¡Por eso, en guerras y en amores
has sido siempre la primera,
cual si en tu alma renaciera,
ciudad de héroes y de flores,
el alma noble, roja y fiera
de tus antiguos fundadores;

y eternamente te prestara
para los besos y la lid,
los rojos labios de Mafiara
y el brazo homérico del Cid!

¡De blanco, como una esperanza
eterna sobre su corcel,
en ristre el hierro de la lanza
y en alto el oro del broquel,

tus glorias vela tu Patrono;
un sueño heroico te blasona,
y aún tienes reina, en tu abandono,
tu Catedral de luz por trono
y un viejo fuerte por corona...!

¡Ciudad magnífica y fulgente,
toda de púrpura y tisú,
como las reinas del Oriente;
no existe en todo el Continente
otra tan noble como tú...!

¡Erguida al pie de la espesura
que hace de tu feraz llanura
un paraíso terrenal,
con tu albo manto y tu brial,
tu férreo casco y tu armadura,
muéstrase el porte señorial
y la romántica hermosura

de una infanzona castellana,
que escucha, desde un mirador,
bajo la gótica ventana,
la voz dulcísima y lejana
de algún errante trovador...!

¡Bajo el celeste arrobamiento
del plenilunio tienes esa
idialidad de una abadesa,
que con la blanca toca al viento,
sembrando estrellas atraviesa
los largos claustros de un convento...!

¡Y al resplandor del mediodía,
en ti revive la alegría,
el ritmo cálido y sonoro,
risa de azul, de plata y oro,
de una ciudad de Andalucía...!

¡Y entre el verdor de tus jardines,
bajo tu cielo azul de raso,
con tu abanico y tus chapines,
el faldellín de medio paso,

la chaquetilla enmadroñada,
y la peineta y la mantilla,
pudiera ser Cádiz, Sevilla,
Málaga, Córdoba o Granada...!

¡Pues como ellas también tienes
rostro moreno, labios rojos;

claveles dobles en las sienes,
sombras nocturnas en los ojos;

primaveral risa argentina,
senos de sedas y de aroma,
alma arrullante de paloma
y corazón de golondrina;

mirada trágica que hierre
cual los puñales sevillanos,
y una guitarra que se muere
de amor, llorando entre tus manos...!

Más aunque adoras los cantares,
la llama viva de la rosa,
la nieve de los azahares,
y la embriaguez voluptuosa
de los danzones populares,

y estremecida hasta en los huesos,
rimas tus últimos suspiros
al son del triple y de los güiros,
ebria de sol, de caña y besos;

también te gusta ser activa:
abrir los surcos de la gleba
para engendrar en tierra viva
las luces de una aurora nueva;

poner en orden tu casona;
talar los fértiles ramajes,

y domesticar potros salvajes
entre tus muslos de amazona;

acrecentar tu antigua hacienda
con el cuidado y el esmero
de un laborioso jardinero...

¡Y ante tu esfuerzo, como ofrenda,
derrama pródigo el Cibao
sus cornucopias a tu pie:
el joyel grana del cacao;
las perlas negras del café;

la nieve de los cocoteros;
la rubia miel de los panales;
los humeantes pebeteros
de los frondosos tabacales;

flores y frutos, y también
maderas dignas de un harén,
de tan fragante condición
que envidiaría Salomón
para labrar el artesón
del templo de Jerusalén...!

Recuas que evocan caravanas
desfilan lentas, por tus calles
purificando tus mañanas
con las fragancias de tus valles.

¡Y el Yaque, el amplio y claro río,
que es el espejo que refleja
la austeridad de tu atavío,
lame tus plantas, y se aleja

entre caobales y entre cañas,
sonoro y rítmico, a llevar
los tributos de las montañas
al gran cacique azul del mar...!

¡Más aunque gozas y trabajas,
activa como una colmena
y alegre como unas sonajas,
cuando el clarín ronco resuena

desnudas la gloriosa espada
de los antiguos caballeros,
y polvorosa y desgrefiada,
por la pureza de tus fueros
sucumbes en la barricada...!

¡Y cuando audaz planta extranjera,
holló tu suelo bendecido,
tu sangre ha sido la primavera
y la última que se ha vertido
bajo la cruz de tu bandera...!

¡Nadie en heroica te ha igualado,
pues ya dos veces, ciudad brava,

antes de verte siendo esclava,
tu propia carne has incendiado...!

¡Y en medio a la voracidad
de la hoguera que te envolvía,
aún entonabas todavía
un himno a la Libertad...!

¡Santiago de los Caballeros,
ciudad de héroes y de flores!
¿Están mohosos los aceros
de tus gloriosos fundadores...?

¿Para tus potros, no hay jinetes?
¿Bajo el olvido de qué osarios
yacen sepultos los machetes
de tus heroicos trinitarios...?

¿Ya no te quedan ni mujeres
para romper, a dentelladas,
esas cadenas con que hieres
tus blancas manos engrilladas...?

¿En tus florestas ya no hay ramas
para que formes una hoguera,
y te consumas en sus llamas
antes de verte prisionera...?

¡Despierta tus viejos leones,
y azúzalos, a latigazos

contra las bárbaras legiones
que hollan la tierra en cuyos brazos
yacen en paz tus campeones;

hasta que no queden ni huellas
de sus pisadas en tu suelo,
ni resplandezcan más estrellas
que las estrellas de tu cielo...!

¡Lanza tu grito sobrehumano
que a toda cólera provoca;
el grito trágico que en vano
crispada quiere ahogar tu mano
sobre el anhelo de tu boca;

empuña el arma de tu encono
y vibra el rayo de tu gloria,
que el Santo Apóstol, tu patrono,
para guiarte a la victoria,

de santa cólera ceñido,
en su corcel de armiño avanza
a resguardarte con su escudo
y a defenderte con su lanza...!

¡Y si la suerte te abandona,
antes de uncirte a extraño yugo,
sé, ciudad heroica, tu verdugo;
y muere como una leona,

por todas partes desangrada
entre las llamas de una hoguera,
como Jesús, crucificada
sobre la cruz de tu bandera...!

Y un obelisco a tu memoria,
de dimensiones colosales,
erigirá tu propia gloria,
para que en letras inmortales

diga a los siglos venideros:
«Descansa en estas soledades
la más leal de las ciudades:
¡Santiago de los Caballeros...!»

IV

PUERTO DE PLATA

¡Puerto Plata, Puerto Plata...!
¡Orgullosa anacaona
que con su manto escarlata,
su penacho y su corona,
regiamente se retrata,

entre la policromía
de sus líricos palmares,
en la azul cristalería
sonora de la bahía
más hermosa de los mares...!

¡Maravillosa ciudad,
mezcla confusa y extraña
de la noble austeridad
de las matronas de España,
y la condición hurafia

de una cacica de aquéllas
que curvando con sus bellas
manos, los arcos salvajes,
lanzaban a las estrellas
las flechas de sus carcajes...!

¡Puerto Plata, Puerto Plata;
ciudad de bronce y de acero...!
¡En tu heroico romancero
fuiste espanto del pirata
y terror del bucanero;

y hoy, en la sangrienta historia,
del pueblo dominicano,
has superado la gloria
de otros tiempos, que no en vano
los siglos, con bronce indiano

y con acero español,
fundieron en su crisol
tu alma altiva y arrogante,
más límpida que el diamante
y más ardiente que el sol...!

¡Armada como un vigía
sobre tu abrupta montaña,
no admites, ciudad brava,
ni la propia tiranía
ni la esclavitud extraña,

porque tus potentes brazos
y tus robustos tobillos,
rechazan trabas y lazos,
y saben hacer pedazos
las cadenas y los grillos!

¡Alzate altanera y sola,
orgullosa de tu celo,
con el pie sobre la ola
y con la sien en el cielo,
que de la antigua Hispaniola

para su perduración,
han sido, serán y son:
Santo Domingo, la frente;
Santiago, el brazo potente;
Puerto Plata, el corazón...!

¡Malherida y desangrada
en contienda fratricida
te sorprendió la llegada
de la bárbara mesnada,
que sobre el corcel tendida,

va, con oro y con cañones,
en su audaz rapacidad
esclavizando naciones,
bajo las advocaciones
de la santa Libertad...!

Y viéndote desangrada,
fatigosa y desarmada,
quieren a tus puños bravos
ceñir la carga pesada
del hierro de los esclavos,

sin pensar que aunque te hallas
sin armas y sin abrigos,
cuando de furor estallas
¡tú sabes ganar batallas
con cañones enemigos!

¡Y si lanzas a volar
a rebato tus campanas,
tu cólera va a sembrar
de estrellas americanas
y rojas barras el mar...!

¡Heroicos dominicanos,
unid las fraternas manos;
y aunque caigan una a una
vuestras gloriosas ciudades,
no maldigáis la fortuna;
luchad por las libertades
y en el triunfo confiad,
mientras su frente no abata
esta homérica ciudad...!
¡Mientras viva Puerto Plata
vivirá la Libertad!

I

MOCA

Con su nombre oriental, su blanca toca
y su muelle indolencia de sultana,
bajo la paz de sus palmeras, Moca,
ruborizada en un temblor de grana,

al vivo ardor de la sedienta boca,
en el tedio solar de la sabana,
con su frescura y con su miel evoca
la bíblica piedad samaritana.

¡Ella ofrece bajo la palmera
ánfora terrenal que perlas llueve,
sino que brinda al labio del viajero

todas las mieles de su vida entera
hechas café fragante, entre la nieve
cóncava virginal del cocotero!

II

¡Bajo el cristal azul del firmamento
duermes tranquila; más a veces sueles
maldecir el presente enervamiento
al evocar tus épicos laureles,

cuando turbando tu recogimiento,
al férreo galopar de tus corceles,
machete en alto y la bandera al viento,
cruzó la Libertad por tus vergeles!

¡También, a veces, silenciosa lloras,
cuando al pie de tus guásimas añoras,
que en combates de hermanos contra hermanos,

sangrando el corazón como un rubí,
con el arma humeante entre las manos
cayó el ébano heroico de Lili...!

INTERMEZZO LIRICO

A Fabio Fiallo

I

Para llorar lo estéril de tus sueños amantes,
dentro de tu saudosa quietud de solitario,
en el oro del verso, igual que en un rosario,
tus lágrimas engarzas como claros diamantes.

O con los ojos fijos en visiones distantes,
arrodillado a solas, como en un santuario,
consumes en las rojas ascuas de tu incensario
la mirra de tus líricas primaveras fragantes.

Fabio, ¿qué importa el tiempo, las penas y el
[hasta],
ver las ánforas rotas y el corazón vacío,
si en la Verona eterna de tu alma de poeta

aún a la luna sangran los granados en flor,
y en su balcón de ensueño palidece Julieta
mirando a las estrellas y oyendo al ruiseñor?

II

Fabio, la vida es lucha, es zarpazo, es violencia,
asechanzas de buitre y asaltos de felino...
Es ceniza la estéril manzara de la Ciencia
y el amor envenena las fuentes del camino.

¡Tú has deshilado el viejo tapiz de la existencia
y lo hallaste en tu examen miserable y mezquino,
por eso amas tus sueños y vendimias su esencia
en el lírico encanto de tu vaso de vino...!

Tus pupilas han visto la verdad y el espanto;
se han bañado de gloria y han naufragado en llanto.
Tus oídos oyeron todas las armonías

y tus manos rasgaron todas las suavidades,
por eso en el crepúsculo sollozan tus poesías
nostálgicas de ensueño y enfermas de saudades.

III

Sigue, lejos del mundo, lírico jardinero,
de tu huerto de Otoño cultivando las rosas.
A la luz de la luna resplandece el sendero
y se animan los cándidos mármoles de las diosas.

En cada fuente tiembla la perla de un lucero,
y un ruiseñor insomne sobre todas las cosas,
oculta en la blancura nupcial de un limonero,
desgranan los suspiros de tus flautas gloriosas...

Prosigue, jardinero, en tus parques reales,
cultivando tus sueños cual si fueran rosales,
y oyendo en los silencios de la nocturna calma,

mientras su plata viva lloran los surtidores,
el milagroso y dulce ruiseñor de tu alma
que idealiza el recuerdo de tus viejos amores.

IV

El dulce sueño del pasado añoras,
y desoyendo humanas ambiciones
las soledades de tu otoño enfloras
con un Abril perenne de ilusiones.

Y en guirnaldas fragantes y sonoras
esculpes en tus puros paternones,
como una alegoría de las Horas
la casta desnudez de tus canciones.

Alma de santo y corazón de niño,
de tu vida es emblema la violeta
y joyel de tu escudo es el armiño...

Todo a la vida y al amor te diste...
Y amor y vida hiciéronte poeta
claro y sincero, delicado y triste.

V

Este Don Juan, antiguo mosquetero,
de hosco mostacho y lúbricas miradas,
que generoso siempre y caballero,
sin temor a asechanzas ni emboscadas,

fué regando de perlas su sendero
y amor y gloria conquistó a estocadas,
hoy es un buen Abad de porte austero
y sanguíneas mejillas resuradas.

Hay en sus gestos y en sus persuasiones
un desprecio total de humanos bienes.
Su voz, aun cuando teja madrigales,

tiene la vaga unción de los sermones,
y reclaman sus manos y sus sienes
el báculo y la mitra episcopales.



LA NUEVA CARTAGO

Con la escoria de todas las naciones
se fué formando tu poder aciago,
pues dieron a tus locas ambiciones
Sylok su alma y su conciencia Yago.

¡Sin más Dios que tu oro y tus cañones,
eres, en la rapiña y el estrago,
una nueva Cartago, una Cartago
sin Aníbal, ni Asdrúbal ni aun Magones...!

¿En qué indomable corazón latino
se está nutriendo el ideal divino,
las nobles fuerzas y los puños duros

del Escipión, que con su espada homérica
no deje ni aún cenizas de los muros
de esta Cártago bárbara de América...?

FIN

INDICE

	<i>Pág.</i>
I.—Estalactitas.	5
II.—Ponzoñas.	7
III.—Ideal.	8
IV.—Mutación.	9
V.—Crepúsculo campesino.	11
VI.—El arquero.	13
VII.—Interior.	15
VIII.—El reloj.	17
IX.—Manos piadosas.	19
X.—Beatus ille...	21
XI.—Pacificación.	23
XII.—Vino añejo.	25
XIII.—Invierno.	27
XIV.—Dulcinea.	29
XV.—Reposo.	31
XVI.—El último soneto.	33
XVII.—Cofre de sándalo.	35
XVIII.—Hielos.	37
XIX.—Oración.	39
XX.—Los viajes.	41
XXI.—Crisoles.	43
XXII.—La galera vieja.	45
XXIII.—Caminos perdidos.	47
XXIV.—Castillo romántico.	49
XXV.—Fuente amarga.	51
XXVI.—Hojarasca.	53
XXVII.—Lluvias.	55
XXVIII.—La Virgen del Mar.	57
XXIX.—El café.	59
XXX.—Despedidas.	61

	<i>Pág.</i>
XXXI.—Alma en pena	63
XXXII.—La Novicia	65
XXXIII.—Los cuervos	67
XXXIV.—La venda rota	69
XXXV.—La última cita	71
XXXVI.—Umbra	73
XXXVII.—Oración	75
XXXVIII.—Media voz	77
XXXIX.—Primavera	79
XL.—Gallito	81
XLI.—El bambuco colombiano	83
TRISTES AMORES	87
ANGUSTIAS DE AMOR	93
VENECIANA	97
LAS NIÑAS GRISES	99
LA CANCION DE LA VIDA	101
MORENA MIA	107
PLUS ULTRA	109
Envío	115
LA MUJER CUBANA	117
CANTO A AMERICA	123
RESPONSO HEROICO	129
LA ISLA CRUCIFICADA	147
Santo Domingo. — Ecce populus	149
San Pedro de Macoris	160
Santiago de los Caballeros	167
Puerto de Plata	176
Moca	180
INTERMEZZO LIRICO	182
LA NUEVA CARTAGO	187

OBRAS POÉTICAS

- Antología de Panamá**, por Demetrio Korsi. Un tomo, 3 pesetas.
- Cantando por ambos mundos**, de S. Rueda. Un t. 6 pesetas.
- Cantos de Vida y Esperanza**, por Rubén Darío.—Un tomo, 3 ptas.
- Colección de sonetos** (350 de los mejores autores de España y de América), por N. Díaz de Escobar.—Un tomo, 3 pesetas.
- El libro azul** (poesías), por Adalberto A. Esteva.—Un tomo, 2 ptas.
- Futilizas**, por J. Ferrer Esteller.—Un tomo en tela, 2 pesetas.
- Jovillos.—Pomarrosas.—Cantos de rebeldía**, por José de Diego. Cada tomo, 3 pesetas.
- La Casa del Pecado**, por F. Villaspesa.—Un tomo, 3 pesetas.
- La Araucana**, por Alonso de Ercilla.—2 tomos, 6 pesetas.
- Mis Mejores Poesías**, por F. Villaspesa.—Un tomo, 3 pesetas.
- Mi Patria y mi Dame**, por J. L. Cordero.—Un tomo, 3 pesetas.
- Obras Poéticas de José Espronceda**.—Con ocho láminas, 3 pra
- Obras Completas de D. Ramón Campoamor**.—Cuatro tomos ilustrados. Cada tomo, 3 pesetas.
- Obras de Manuel Acuña** (poesías).—Un tomo, 3 pesetas.
- Parnaso Argentino**.—Con retratos, un tomo, 4 pesetas.
- Parnaso Antillano**, por O. Bazil.—Un tomo, 3 pesetas.
- Parnaso Boliviano**, por L. F. Blanco Meaño.—Un tomo, 3 pesetas.
- Parnaso Brasileño**, por Afonso Costa.—Un tomo, 3 pesetas.
- Parnaso Colombiano**.—Un tomo, 4 pesetas.
- Parnaso Chileno**.—Un tomo ilustrado con 30 retratos, 3 pesetas.
- Parnaso Cubano**, por Adrián del Valle.—Un tomo, 3 pesetas.
- Parnaso Costarricense**, por Rafael Bolívar Coronado.—Un t. 3 ptas.
- Parnaso Dominicano**, por O. Bazil.—Un tomo, 3 pesetas.
- Parnaso Ecuatoriano**, por José Brissa.—Un tomo, 3 pesetas.
- Parnaso Español Contemporáneo**, por José Brissa.—Un t. 6 ptas.
- Parnaso Filipino** por E. Martín de la Cámara.—Un tomo, 4 pesetas.
- Parnaso Mexicano**, por A. Esteva y J. Pablo Rivas.—2 tomos, 6 ptas.
- Parnaso Nicaragüense**.—Un tomo con retratos, 3 pesetas.
- Parnaso Paraguayo**, por Michel A. De Vitis.—Un tomo, 3 ptas.
- Parnaso Peruano**, por V. G. Calderón.—Un tomo, 3 pesetas.
- Parnaso Portorriqueño**, por E. Torres Rivera.—Un tomo, 3 ptas.
- Parnaso Salvadoreño**, por Salvador L. Erazo.—Un tomo, 3 pesetas.
- Parnaso Uruguayo**, por Antonia Artucio Ferreira.—Un tomo, 3 ptas.
- Parnaso Venezolano**, por G. Gamargo.—Dos tomos, 6 pesetas.
- Poesías Escogidas**, por Juan de Dios Peza.—Un tomo, 3 pesetas.
- Poesías de Antonio Plaza**.—Un tomo ilustrado, 3 pesetas.
- Pasionarias**, por Manuel Flores.—Edición ilustrada, 3 pesetas.
- Poesías Completas de Ricardo Palma**.—Un tomo, 3 pesetas.
- Poesías Escogidas de Manuel Machado**.—Un tomo, 3 pesetas.
- Poesías Completas de Salvador Rueda**.—Un tomo en 4.^a de 576 páginas, con el retrato del autor, 6 pesetas.
- Poemas de Enrique Heine**.—Un tomo, 3 pesetas.
- Poesías de Andrés Bello**.—Un tomo, 3 pesetas.
- Poesías de Olegario V. Andrade**.—Un tomo, 3 pesetas.
- Poesías de José Asunción Silva**.—Un tomo, 3 pesetas.
- Poesías de José Joaquín Olmedo**.—Un tomo, 3 pesetas.
- Poesías completas de Santos Chocano**.—Dos tomos, 6 pesetas.
- Poesías escogidas**, por E. Carrasquilla-Mallarino.—Un tomo, 3 ptas.
- Poesías completas**, de Manuel Ugarte.—Un tomo, 4 pesetas.
- Rosas de Pasión**.—Poesías de Carlos Miranda. Un tomo, 3 pesetas.